

El Proyecto Interface: una reflexión sobre los movimientos sociales y el conocimiento

Cristina Flesher Fominaya, Laurence Cox

Introducción:

En este capítulo queremos aportar algunas reflexiones sobre la génesis y el desarrollo del proyecto *Interface*, una revista multilingüe, gratuita y disponible en la red, con pretensiones globales, que pretende crear un puente entre los movimientos sociales y la academia, y que parte de una reflexión sobre la producción del conocimiento sobre, por y para los movimientos sociales. El proyecto nace a raíz de una propuesta de Laurence Cox en el marco de una conferencia anual en Manchester que reúne a académicos y activistas (Alternative Futures and Popular Protest). Está curiosa confluencia de activistas y académicos (con una importante medida de activistas/académicos) organizado desde hace años por Colin Barker y Mike Tyldesley había producido a través de los años un ámbito donde los textos académicos presentados estaban sujetos a las críticas de los activistas y donde las ponencias de los activistas se sometían a las críticas teóricas y analíticas de los académicos. En el tira y afloja resultante se generaba un intercambio importante de ideas y perspectivas y la producción de conocimiento que de alguna manera salía de los límites intelectuales de los grupos integrantes.

La propuesta de crear una revista que intentaba de alguna manera plasmar este proceso de generación de conocimiento en un proyecto que integrara a más personas y que pudiera llegar a cualquier rincón del mundo nació precisamente de la experiencia tan positiva que habíamos tenido los fundadores a través de los años en este congreso. Teníamos la sensación de que muchas de las revistas sobre movimientos sociales académicos no siempre ofrecían mucha información de utilidad o valor para los mismos practicantes de los movimientos que pretendían analizar. En algunos casos las revistas podrían estar controladas por un núcleo de académicos con una línea teórica y quizá no estén suficientemente abiertas a nuevas ideas que surjan de académicos jóvenes que sean también activistas dentro de los movimientos que estudian. Por otro lado, reconocíamos que los movimientos mismos producen mucho conocimiento pero que muchas veces éste es auto referencial y no logra entrar en diálogo con otros movimientos y grupos ni tampoco de manera sistemática con la producción académica y teórica. En un contexto global del movimiento de movimientos en que muchos activistas tienen un pie en la academia y viceversa, el proyecto *Interface* se puede entender como una pequeña parte de un proceso más amplio que incorpora una serie de intentos de realizar investigación participativa de activistas y académicos.¹

Antes de pasar a explicar el proyecto en más detalle, conviene hacer un repaso histórico breve a la producción de conocimiento desde los movimientos, desde la academia, y los intentos de combinar ambas perspectivas.

La producción del conocimiento desde abajo o cómo los movimientos sociales crean conocimiento

En el siglo XIX, movimientos como el obrero, el de las mujeres o los anticoloniales [o anticolonialistas] generan la noción de sociedad como algo separado del Estado y empiezan a problematizar por primera vez de manera sistemática ideas como la clase social, el género, la etnicidad y las relaciones de poder. Desde estos movimientos nacen teorías del movimiento tales como el marxismo el feminismo o el antiimperialismo. A la vez, movimientos como los anarquistas, de clase obrera, o de mujeres producen tradiciones de educación radical y autodidacta, lo cual a su vez desemboca en las epistemologías situadas o centradas en el punto de vista del sujeto. Estas epistemologías (desarrolladas por Marx, Gramsci, y posteriormente por Lukács, Dorothy Smith, Hill Collins o Scott, entre otros) valoran el conocimiento generado desde la situación experiencial del sujeto, es decir, priman la experiencia del sujeto como fuente de conocimiento. Los movimientos sociales se entienden como productores de teoría, y esto se refleja en los estudios post coloniales, la investigación cualitativa, la historia desde abajo y las historias orales, en los escritos

de Lenin y Gramsci que entienden a los movimientos como praxis pero también como fuente de teoría transformadora, y un largo etcétera.

Las epistemologías situadas también generan problemas: no resuelven las jerarquías epi-sistémicas (¿Todo conocimiento tiene la misma validez? ¿No hay verdades más verdades que otras?) o el problema de que el conocimiento producido sólo sea de validez para los miembros del grupo de pertenencia, con el resultado de una fragmentación posmoderna que poca utilidad tendría para otros grupos que también busquen emancipación o transformación social.

A finales del siglo XX, dentro de la academia, los estudios ecologistas, pacifistas, gay, lésbicos y *queer*, post coloniales, étnicos y feministas van ganando terreno y legitimidad. Paradójicamente a medida que ganan espacio académico pierden el control de sus medios de producción intelectual. El conocimiento generado por estos movimientos en cierta medida es absorbido y comercializado por la academia y con esto surge otra paradoja: una democratización parcial y legitimación populista del conocimiento pero a la vez una institucionalización de procesos de conocimiento que originalmente surgían desde la base.

También a finales del siglo XX la revolución informática ofrece nuevas plataformas de producción, colaboración y disseminación de información a favor de los movimientos sociales. La plataforma Web 2.0 comercializa las herramientas desarrolladas por experiencias anteriores como Indymedia, grupos Usenet, etc., y se abre una brecha entre una política de red que prima la radicalización de las *formas* de conocimiento (e.g. open source, copyleft, open access, Linux etc. etc.) y los que se orientan más en distribuir *contenido* radical usando plataformas ya extendidas (ya sean libres o comerciales), para fomentar el diálogo entre grupos dispersos de activistas y simpatizantes.

Conocimiento sobre movimientos sociales desde la academia

Brevemente podemos delinear una serie de transformaciones en la comprensión de los movimientos sociales desde la academia.

En el siglo XIX, tanto los conservadores como los radicales se esforzaban en entender los movimientos sociales, dadas las transformaciones sociales radicales que habían generado (i.e. la revolución francesa, los movimientos de 1848, el surgimiento de la movilización de la clase obrera). Más adelante, a mediados del siglo XX, los académicos reflexionaron sobre los movimientos fascistas, comunistas y nacional socialistas ya que partían de movilizaciones populistas a gran escala. Desarrollaron teorías sobre acción colectiva y el comportamiento de las masas que básicamente entendía a los integrantes de los movimientos como seres irracionales motivados por líderes carismáticos y demagógicos e impulsados a la acción por el frenesí de las multitudes. Hasta la década de los 60 la mayoría de académicos entendían a los manifestantes como gente enajenada y frustrada con su situación. Dada la reciente historia de los movimientos populistas (sobre todo el nazismo) las élites políticas y académicas tenían poca simpatía hacia los movimientos sociales.

Esta situación cambió en los Estados Unidos en los años 60, cuando algunos teóricos comprometidos con los movimientos sociales contemporáneos, sobre todo el movimiento por los derechos civiles de los negros (posteriormente llamados afroamericanos), empezaron a desarrollar teorías que intentaban legitimar los movimientos sociales y de entenderlos como una parte auténtica de la democracia estadounidense. Este deseo político quizás los llevó a centrarse más en los grupos organizados e institucionalizados que luchaban por formar parte del sistema democrático que en otros tipos de movimientos. Nace entonces una perspectiva dominante dentro de la teoría estadounidense de los movimientos sociales que prima los aspectos organizacionales sobre los elementos identitarios, ideológicos o experienciales de los movimientos, y se centraba más en las organizaciones reformistas que en los movimientos sociales más contraculturales o radicales. Las perspectivas de la *movilización de recursos* (Resource Mobilization Theory), y el *modelo de proceso político* (political process model) fueron los paradigmas dominantes dentro de la academia durante muchos años (véase McAdam, Tarrow, Tilly 2001; Zald and McCarthy 1987; McAdam 1999) Desde estas perspectivas teóricas los participantes en los movimientos sociales eran actores racionales y estratégicos quienes acumulaban recursos y los movilizaban para

conseguir sus objetivos. Argumentaban que las frustraciones y quejas de la población son más o menos constantes pero lo que cambia son los recursos disponibles y las oportunidades políticas que surgen. El énfasis cambia entonces de un enfoque en el individuo como componente clave de las movilizaciones hacia las condiciones estructurales que permiten la emergencia de los movimientos sociales. Éstos enfoques teóricos tenían una visión política y económica de los movimientos sociales. Política porque se centran en las actividades de los movimientos en relación con el Estado, y entienden que el objetivo principal de los movimientos sociales es conseguir derechos y beneficios para sus integrantes o los grupos que representan. Y económico, porque el modelo del individuo en el centro de esta teoría se derive de la teoría de acción racional, la teoría organizativa y la teoría económica. Ante la crítica de que estas perspectivas ignoraban prácticamente por completo los aspectos culturales y experienciales de los movimientos sociales, se desarrolló *la perspectiva de marco* (Frame analysis), que si bien reconocía la importancia de los símbolos y las ideas, mantenía cierto sesgo estructural (véase Benford and Snow 2000; Goodwin and Jasper 1999; Goodwin and Jasper 2003; Snow, Soule and Kriesi 2005).

Cabe decir que los movimientos culturales estadounidenses tales como los que buscaban la formación de una sociedad alternativa (cooperativas, comunas, centros sociales, grupos de transformación de conciencia del movimiento feminista, la libertad de expresión, los que se centran en la democracia participativa y en la democratización radical, etc.) no se ven reflejados en las teorías dominantes sobre movimientos sociales que se desarrollaron en esta época en los Estados Unidos.

Mientras tanto la situación dentro de la academia europea fue muy diferente. La tremenda importancia del marxismo y del movimiento obrero en Europa (en contraste absoluto con la situación en Estados Unidos), de las revoluciones socialistas, el fascismo, y los movimientos de independencia nacional, y el hecho de que estos movimientos jugaron un papel clave en la creación o desmantelamiento de los estados, hizo que los académicos europeos contarán con otros conceptos teóricos centrales.

En Europa —al contrario que en Estados Unidos— el marxismo fue fundamental no sólo para el pensamiento de integrantes de movimientos sociales de la izquierda pero también para la formación teórica de los académicos que estudiaban los movimientos sociales. Por tanto, ideología y conciencia de identidad —sobre todo identidad de clase— fueron conceptos centrales en las teorías sobre movimientos sociales. En la década de los 60 algunas mujeres, estudiantes, e intelectuales empezaron a criticar el pensamiento de la vieja izquierda. Las mujeres en particular estaban cansadas de que se les pidiera hacer el café mientras esperasen a la revolución que solucionaría todos sus problemas. Como sus homólogas en Estados Unidos, empezaron a cuestionar las estructuras patriarcales y las formas jerárquicas de organización de los grupos políticos y los movimientos. Reflexionando sobre sus vidas personales y las relaciones de poder dentro de la familia empezaron a hacer de lo personal lo político y de esta manera transformar radicalmente el entendimiento de la política misma. La política ya no era solo revolución, estado y capitalismo (política con *pe* mayúscula). La nueva izquierda empezó a cuestionar que la clase social fuese la única base desde la cual se podría movilizar. En toda Europa la gente empezaba a movilizarse contra la guerra y las instalaciones nucleares, contra el comunismo totalitario y la destrucción del medio ambiente. El movimiento estudiantil antiautoritario cobró fuerza y en mayo del 68 en Francia se desató una revolución estudiantil en donde los activistas reclamaban la producción cultural como punto central de la lucha política. Mayo 68 se considera un momento que simboliza la destrucción del viejo régimen autoritario religioso y conservador. A pesar de que la huelga general fracasó políticamente las movilizaciones tuvieron un gran impacto cultural.

Todos estos cambios sociales se reflejan en las teorías de los nuevos movimientos sociales (New social movement theory) que afirmaba que los movimientos contemporáneos tales como los movimientos feminista, autónomas, pacifista, estudiantil y ecologista eran realmente nuevos con respecto tanto la vieja como la nueva izquierda. Tenían nuevas identidades, metas y formas organizativas, y la expresión simbólica y cultural formaba una parte indispensable de su política. Estos grupos no se orientaban hacia el Estado en primer término sino hacia la sociedad misma. Buscaban transformar el comportamiento y el pensamiento de las *personas*, no solamente las leyes del Estado. Intentaban renovar la cultura política democrática y transformar la sociedad civil como un fin en sí mismo y no sólo como un medio para conseguir el cambio revolucionario.

En la década de los 80 y los 90 las presiones académicas encaminadas a la producción de una teoría integrada llevaron a un intento de realizar una síntesis entre perspectivas europeas y estadounidenses con resultados desiguales. En Europa figuras como Diani y Della Porta se aproximaron bastante a las perspectivas estadounidenses, integrándolos de manera importante en la academia europea, mientras que en Estados Unidos académicos como Tarrow empiezan a entender a los movimientos sociales en términos de política contenciosa (Tarrow 1994; Meyer and Tarrow 1998; Della Porta and Diani 1999). En ambos contextos hay una cierta diversificación y rutinización de la investigación sobre los movimientos sociales, la cual se establece como uno de los mayores sub-campos de la sociología. Gran parte del trabajo no produce nuevas perspectivas teóricas, más bien intenta encajar los casos empíricos en un marco teórico preestablecido (movilización de recursos, teoría de marco, praxis cognitiva, etc.) y por tanto legitima éstos enfoques teóricos. Una importante excepción son los trabajos de Alain Touraine y de Alberto Melucci, quienes intentan recrear las dinámicas políticas de los movimientos dentro de la situación de investigación misma. Touraine desarrolla un método intervencionista innovador donde el investigador procura enfrentar diversas perspectivas de los mismos integrantes de los movimientos sociales para de esa manera generar conocimiento nuevo. Sin embargo, su método coloca al investigador claramente por encima de los sujetos de estudio, cosa problemática en sí, pero tampoco deja clara la finalidad o la utilidad del conocimiento producido (Touraine 1981).

El trabajo de Melucci por su parte inspira a toda una generación de activistas académicas quienes encuentran en sus ideas una resonancia con sus propias experiencias en los laboratorios sociales de los movimientos. Melucci, con su énfasis en la identidad colectiva como un proceso, integra elementos estructurales, culturales, intelectuales y experienciales, partiendo de la perspectiva de los integrantes mismos en los movimientos sociales (Melucci 1989, 1995, 1996).

Recuperar, reutilizar, reciclar: movimientos que crean conocimiento sobre los movimientos

Actualmente, hay una migración de la teoría desde los movimientos a la academia a medida que los activistas identifican la academia como una posible “salida laboral” compatible con su trabajo como activista. La intensa presión por producir a la que se enfrentan los académicos más jóvenes y las tensiones que a menudo sienten cara a cara con compañeros activistas a menudo parecen generar algo de una teórica carrera armamentística donde la adquisición y el rápido desarrollo de arsenales teóricos intimidatorios llega a ser cada vez más importante en y de sí mismo. Esta situación se ve agravada por los cambios en los “medios de producción intelectual” ya que las formas de producción de conocimiento integradas dentro de movimientos quedan a menudo eclipsadas no solamente por la supuestamente producción académica de ideas radicales sino también por la distribución por Internet, generando enteras categorías de radicales que no están involucrados en los movimientos en sí. De esa forma, mientras hay muchos beneficios evidentes del hecho de que los activistas ejerzan trabajos académicos, un resultado inesperado ha sido la incluso mayor fragmentación del conocimiento relacionado con el movimiento entre las diferentes disciplinas y las diferentes tradiciones teóricas en esas disciplinas junto con formas de sectarismo político de larga duración – siendo todas presiones que disminuyen la capacidad de los movimientos para realmente aprender algo útil y – nos atrevemos a decir – ganar más a menudo.

Interface: creando puentes

¿Por qué Interface? Como ya habíamos señalado más arriba, el proyecto nace en un contexto del movimiento global anticapitalista en que surge un proceso de revaloración del conocimiento producido por los movimientos sociales y un reconocimiento de que existen espacios para el cambio dentro de la academia. Nace de un reconocimiento de que es necesario que la teoría sobre movimientos sociales sea relevante para los mismos movimientos y que los movimientos necesitan reapropiarse del conocimiento “congelado” en la academia. Los fundadores de la revista nos sentíamos frustrados por las perspectivas limitadas de activistas socializados dentro de las tradiciones de un ámbito particular (i.e. *okupa*, marxista, etc.), por los sesgos y limitaciones de las

afiliaciones académicas, por textos teóricos cuyos autores parecían haber tenido poco contacto con los movimientos sobre los cuales estaban escribiendo y la falta de discusión sobre temáticas de relevancia más allá de su propio movimiento o tema de estudio.

También sentíamos una frustración ante el proceso tradicional de revisión por pares de revistas académicas que muchas veces parece un mecanismo para establecer la ortodoxia del enfoque teórico de los artículos en cuestión y su grado de confirmación de aquellas teorías pre-establecidas que legitiman la sub-disciplina.

Queríamos crear una revista que estuviese abierta a diversas perspectivas, que no siguiese una línea editorial predeterminada, que tuviese relevancia para los movimientos sociales, y que pudiera ofrecer un contenido diverso y de alta calidad. Sobre todo queríamos establecer un puente y un diálogo no solamente entre los movimientos sociales y la academia sino entre diferentes campos dentro de ambas esferas.

Nuestra declaración de objetivos y principios dice lo siguiente:

Visión:

El desarrollo y la mayor visibilidad de los movimientos sociales en los últimos años ha dejado constancia de la importante cantidad y calidad de conocimiento que generan los movimientos sociales. Este conocimiento se produce desde diversos puntos del mundo, en muchos contextos y de diversas formas.

Somos un grupo de activistas provenientes de diferentes movimientos y países; investigadores que trabajamos con movimientos sociales, y académicos progresistas de diversos países. Hemos estado involucrados en diferentes proyectos dedicados al apoyo y desarrollo de diversos procesos de generación del conocimiento en torno a movimientos sociales contemporáneos. A través de este proceso hemos entendido lo mucho que podemos aprender los unos de los otros, desde las experiencias específicas de los movimientos hasta los lenguajes que se han desarrollado a raíz de estos movimientos en distintos contextos, lugares y tiempos.

El objetivo de esta revista es aprender de manera recíproca de las actividades y esfuerzos de los movimientos sociales:

- A través de estos movimientos, sus ideas y objetivos
- A través de continentes y culturas
- A través de tradiciones teóricas y disciplinarias

Esta publicación será un espacio de reflexión, teorización y abstracción de los movimientos y también de intercambio de ideas y conocimiento entre ellos. Intentará fomentar el análisis y el conocimiento producido por los participantes y académicos que trabajan en este campo. Nuestra intención es incluir información que sea de utilidad práctica para los participantes en los movimientos sociales, a través del contenido de los artículos, pero también a través de su lenguaje y sus propósitos. Esperamos que este proceso permita el desarrollo de ideas y estrategias genéricas a partir de las experiencias específicas de diversos movimientos sociales. Esperamos fomentar un intercambio enriquecedor entre los movimientos sociales, que siempre han generado conocimiento ya sea desde su propia experiencia o desde las experiencias de otros movimientos aliados.

Queremos continuar en la línea de una rica tradición ya establecida por muchos activistas, investigadores y académicos. Nuestro propósito es reforzar y complementar estos procesos ya existentes: no pretendemos sustituirlos.

Esencialmente, reivindicamos un diálogo entre práctica y teoría. Creemos que es un lugar común decir que la teoría de los movimientos sociales generados desde la academia ha perdido en muchos casos contacto con la práctica: aunque hay investigadores individuales que también son activistas, la investigación académica sobre movimientos sociales en sí no se orienta hacia la práctica. Existe una falta de investigación sistemática orientada hacia esa práctica, hacia la acción colectiva desde abajo. Por otro lado, muchos activistas se han socializado dentro de repertorios y entendimientos particulares del activismo desde el comienzo de sus trayectorias como activistas. Esto se debe a la influencia de las tradiciones políticas familiares o locales; a las temáticas que les preocupaban cuando empezaron como activistas y los grupos particulares existentes en su zona; o incluso a su trayectoria académica o profesional. Esta socialización dentro de movimientos específicos conlleva muchas veces el peso de una tradición de militancia (con mitos de origen, textos fundamentales, etc.) que marca y define las perspectivas de los activistas de manera profunda. Podemos contrastar la situación actual donde existen estas tradiciones consolidadas con periodos formativos de movimientos sociales anteriores, como el periodo a finales del siglo XIX o los años 60 y 70 del siglo XX, donde existían espacios abiertos para discusiones serias sobre estrategias, prácticas, tácticas, cultura, etcétera. Actualmente existe una relación bastante “monógama” entre las prácticas particulares de un movimiento y su enfoque teórico o hasta la interpretación particular de una tradición teórica (feminismo radical, autonomía, marxismo, etc.). Por tanto, reivindicamos la necesidad de entrar en un diálogo profundo entre práctica y teoría, no sólo en el sentido de la relación entre academia y activismo sino también entre tradiciones académicas y tradiciones activistas.

¿Cómo funcionamos?

Nuestro modelo organizativo tenía que reflejar nuestros deseos. Decidimos organizarnos de manera descentralizada y por regiones geográficas: cada grupo es bastante autónomo en su funcionamiento pero sin embargo todos los grupos forman parte del colectivo editorial virtual que tienen la obligación de seguir ciertas normas elaboradas colectivamente y de respetar las decisiones tomadas en el consejo editorial. La autonomía regional es crucial ya que las relaciones entre movimientos sociales y la producción intelectual varían enormemente entre regiones y esto nos ofrece la flexibilidad necesaria para permitir a los editores con sede en África, por ejemplo, decidir lo que “funciona” en su contexto.

Cada grupo regional consiste en de uno a tres editores que forman también a su vez parte del Consejo editorial. Cualquier persona que quiera publicar algo sobre movimientos activos en esa zona nos mandan sus contribuciones y nosotros nos sometemos a un proceso de revisión, descartando de antemano cosas que claramente no son adecuadas para la revista.

La clave de nuestra revista —y lo que pensamos hace que no se convierta simplemente en una revista más sobre movimientos sociales— es nuestro proceso de revisión por pares donde cada trabajo sometido a revisión (y no todas las contribuciones pasan por este proceso) es revisado por un activista y por un académico. Esto es crucial para tanto asegurarse de que *Interface* permanece orientada hacia las necesidades del movimiento como para retener una orientación hacia lo práctico más que (como ha sido a menudo el caso con revistas de ideas radicales) de convertirse en el punto de referencia de una nueva generación de académicos.

En realidad, dado que en muchos casos los revisores son ambas cosas, pedimos a nuestros revisores que reflexionen sobre las aportaciones de la contribución tanto en términos académicos y teóricos como en términos prácticos. Reconocemos que tanto los académicos como los activistas son productores intelectuales, y pueden contribuir a la teoría y la práctica. Pedimos que las contribuciones tengan relevancia más allá de un solo grupo o movimiento o de una sola perspectiva teórica.

Por otra parte, reconocemos que no todo mundo está interesado ni en leer ni en producir un trabajo “académico”, y por tanto es importante que la revista incluya contribuciones de diversos estilos tales como entrevistas, nuestras prácticas desde los movimientos, apuntes metodológicos, etcétera. Estamos continuamente experimentando para encontrar formas que sean adecuadas a las diferentes maneras en las cuales los movimientos alrededor del mundo producen y reflexionan sobre su conocimiento.

Todavía estamos intentando atravesar las barreras de nuestra propia formación y de ser lo suficientemente creativos como para imaginar e integrar nuevas formas de aportar a la revista. Creemos que no estamos aprovechando suficientemente la herramienta que nos ofrece la red, sobre todo en términos de aportaciones visuales y artísticas.

Procuramos trabajar estrechamente con los autores durante todo el proceso y dependemos de nuestros colaboradores para gran parte de las decisiones que tomamos. Sin embargo, como editores, somos los guardianes de la calidad y la visión de la revista y por tanto la decisión final es nuestra. La razón más común para rechazar artículos – a parte de aquellos que no son sobre movimientos sociales o no están orientados a la práctica – es cuando los autores son incapaces de saltar de escribir para “los de dentro” de un movimiento, país, disciplina o tradición teórica particular a discutir su conocimiento en modos que puedan ser comprendidos y ser útiles para aquellos que están luchando en otros lugares. En cambio, mucho de nuestro trabajo editorial consiste precisamente en ayudar a los autores a realizar ese salto y así desarrollar este diálogo.

En cuanto a criterios para rechazar un artículo, son varios. Solemos recibir cierta cantidad de artículos escritos por personas que claramente no han leído las normas para autores ni han mirado con cuidado los números existentes de *Interface*. Una minoría están escritos por activistas sobre temas en particular, pero no sobre el movimiento en sí. En estos casos simplemente indicamos que ya existen espacios más adecuados para concienciar a la gente sobre estos temas y que quizás su aportación tendría salida en alguno de estos sitios. De manera más frecuente recibimos artículos académicos sobre temáticas estrechamente definidas dentro de la investigación sobre movimientos sociales que no intentan entrar en diálogo con activistas ni con las necesidades de los movimientos. Algunos de estos artículos son de excelente calidad, pero simplemente no responden a la visión de *Interface*. En estos casos recomendamos que manden sus trabajos a otras revistas académicas sobre movimientos sociales que no tienen estas preocupaciones sobre la práctica o la utilidad del análisis para los mismos movimientos. En otros casos recibimos artículos que podríamos llamar intelectualmente etnocéntricos, es decir, artículos que no logran dialogar con otras perspectivas intelectuales, teóricas, disciplinarias o movimientos más allá de las suyas propias. Con estos artículos se puede trabajar para adecuarlos a nuestra revista, pero en algunos casos los autores prefieren simplemente enviar el trabajo a otra, lo cual nos parece perfectamente razonable. Por último, de vez en cuando recibimos artículos que simplemente no tienen la calidad necesaria para su publicación. Es muy difícil definir con exactitud en lo que consiste la calidad, por el simple hecho de que un artículo puede ser excelente de mil maneras. Sin embargo, si a un artículo le falta base empírica, le falta coherencia, no muestra un conocimiento del trabajo ya realizado sobre el tema o simplemente está muy mal escrito, lo vamos a rechazar. Merece la pena subrayar que entendemos que los autores parten de diversas situaciones (de formación, carrera, experiencia etc.) y estamos dispuestos, a ayudar sobre todo a aquellos que sentimos que tienen algo que vale la pena decir. Ofrecemos una variedad de formatos diferentes y una serie de mecanismos para apoyar a estas personas y ayudarles a comunicar con nuestra audiencia global de activistas e investigadores. En algunos casos los mismos editores trabajamos con los autores antes de enviar el artículo a revisión por pares. Esto suele suceder cuando los académicos o activistas están escribiendo su primer trabajo o tienen poca experiencia en la producción de textos. A quienes no están escribiendo en su idioma nativo les ofrecemos una revisión; también ofrecemos la posibilidad de publicar en varios idiomas.

Para cada número se apuntan dos o tres editores coordinadores, quienes preparan el *Call for Papers* (CFP o Solicitud de contribuciones a la revista), definiendo una visión de una problemática especial (Movimientos Sociales y Represión, por ejemplo) y posteriormente escriben la editorial. Los editoriales son aportaciones valiosas en si mismos, ya que pretenden proveer una visión del estado de la cuestión desde nuestra perspectiva.

Como los editores cambian cada vez (o se combinan de otra manera) las perspectivas también, y esto fomenta el diálogo entre editores con experiencias y orientaciones bastante diversas. Junto con la enorme diversidad de movimientos, afiliaciones políticas, enfoques teóricos, idiomas y ubicaciones geográficas representadas en nuestra editorial y en nuestras listas de colaboradores, ésta es una herramienta importante para mostrar a los lectores y autores que no estamos por la labor de impulsar una “línea” determinada sino más bien de desarrollar el diálogo a través y entre los diferentes intereses y énfasis.

Sin embargo, los grupos editoriales siguen haciendo todas las tareas diarias para preparar todo el contenido de la revista lo cual ayuda a que los colaboradores se sientan más implicados en el proceso, que asuman más responsabilidad.

La diferencia entre editores y colaboradores es que los editores forman parte del colectivo editorial permanente, mientras que los colaboradores contribuyen de manera puntual, realizando tareas específicas (ayudando con revisiones, con la página web, revisando el texto final, etc.). Más allá de estas tareas específicas, el papel más importante de los colaboradores es de crear un nexo entre la revista y los movimientos y de ayudarnos a solicitar colaboraciones y opinar sobre el trabajo que estamos haciendo entre todos. El colectivo editorial consiste en grupos de editores autónomos que trabajan en las diferentes regiones o zonas lingüísticas. Por tanto, si una zona en particular necesita distribuir las tareas entre más personas (por ejemplo, porque recibe muchos artículos o porque los editores tienen poco tiempo) buscamos entre nuestros contactos a una persona adecuada. El colectivo editorial tiene que estar de acuerdo en aceptar a un nuevo editor. La dinámica es bastante delicada y es muy importante que podamos trabajar juntos, porque lo que más importa es la revista en sí. Por otro lado, a veces hay gente interesada en colaborar en una región en particular como editor y se ponen en contacto con nosotros. Trabajamos con el mismo sistema en estos casos: ellos nos ofrecen información (biografía, experiencia, currículum, cómo creen que pueden aportar, etc.) y el colectivo editorial toma una decisión. El proceso por el que se convierten en *voluntario* o *colaborador* (que viene siendo lo mismo porque todos los que trabajamos somos voluntarios) es más fluido aún. Las personas pueden contactar a cualquier editor y ofrecer su colaboración. Estamos muy abiertos a todo tipo de colaboración y ayuda y siempre estamos buscando ayuda especializada (en, por ejemplo, diseño y mantenimiento de la página web, traducciones, revisores de textos).

En cuanto a reglas tenemos pocas pero son importantes. No publicamos nuestro propio trabajo salvo los editoriales que escribimos, y esto es una cuestión ética y también una manera de evitar que el proyecto se convierta en una herramienta para hacer avanzar carreras personales o posturas ideológicas. Tenemos una serie de documentos clave que retocamos de vez en cuando: las normas para revisión que mandamos a los colaboradores, algunas normas sobre cómo contestar a las personas y los criterios a seguir en el proceso editorial, y trabajamos con un documento maestro para cada número que vamos circulando de grupo en grupo y que se va actualizando para que todos tengamos una visión global de cómo se está desarrollando el número en proceso.

¿Cuáles son los retos más grandes a los cuales nos hemos enfrentado?

La revista funciona con un consejo virtual sin ningún tipo de recurso económico ni subvención. Al principio, lo más difícil fue elaborar las normas y la estructura organizativa, ya que muy pocos de nosotros nos conocíamos personalmente. El proceso de establecer una complicidad mutua y una visión compartida fue largo. Durante el primer año y medio no logramos producir absolutamente nada: fue un proceso constante de tira y afloja, de ver quiénes realmente podrían colaborar, de llegar a acuerdos sobre temas tales como el proceso de revisión por pares que actualmente utilizamos. Se ha vuelto considerablemente más fácil a medida que hemos sacado los primeros números y, editores, revisores y autores, pueden tener una mejor percepción de lo que queremos decir con nuestros conceptos.

Los problemas organizacionales realmente han sido las clásicas de todo proyecto colectivo horizontal: la falta de personal, el intento de trabajar de manera participativa, la dificultad de involucrar a nuevas personas en una cultura de trabajo ya establecida, los problemas de colectivos

regionales prácticamente inactivos, las presiones de nuestros trabajos (ninguno somos ricos por nuestra cuna y trabajamos a tiempo completo), la falta de recursos y la necesidad de coordinar y aprovechar el trabajo de los voluntarios que apoyan y colaboran activamente con la revista y que son realmente imprescindibles para su funcionamiento.

Al funcionar de manera horizontal, una frustración importante es que al incorporar a personas nuevas muchas veces quieren reabrir debates o decisiones que los que llevamos tiempo ya hemos cerrado, ¡y no estamos dispuestos a volver a discutir! Este es un problema habitual en grupos horizontales cuando van creciendo. Funcionamos con el sistema de toma de decisiones consensual hasta cierto punto, pero tenemos una norma: si alguien propone algo y nadie se opone en el espacio de siete días (o el plazo que marquemos) se adopta la decisión.

Gestionamos y articulamos los consensos y los disensos de una manera bastante fluida. Existen dos niveles de toma de decisión. Por un lado, intentamos dar la mayor autonomía posible al dejar que los editores individuales encargados de gestionar un artículo, por ejemplo, puedan elegir libremente los revisores, gestionar sus comentarios y tomar decisiones y recomendaciones en cuanto a los cambios, la aceptación del artículo o su rechazo. Pero si otros editores no están del todo contentos con el nivel de calidad se puede dar un debate más abierto y general dentro del colectivo editorial. En general estos debates no se centran en decisiones particulares que ha tomado uno u otro editor, sino que más bien procuran provocar una reflexión más general sobre la dirección que debemos tomar. En el caso de un debate sobre calidad, por ejemplo, la pregunta sería, “¿cuál es un nivel de calidad apropiado para Interface?”; y no, “¿es este artículo en particular apropiado para Interface, deberíamos haberlo rechazado o aceptado?” En este momento existe un debate en torno a la naturaleza de nuestros “Call for Papers”. Los editores encargados de cada número de la revista se encargan también de desarrollar el CFP. En este caso hay disensos entre los mismos editores del número y por tanto abrimos el debate al resto del colectivo. Una vez más, el debate se centra más en torno a la pregunta, “¿cómo tendría que ser un CFP para Interface?”, que en “¿cómo tendría que ser este CFP para Interface?”, aunque eso también se pregunte.

A veces algunos individuos tienen opiniones muy marcadas. Pero como todos valoramos nuestra propia autonomía como editores existe un deseo general de respetar también la autonomía de los demás. Los disensos, por tanto, se resuelven o bien a través de conversaciones privadas entre los indicados o con la persona “perdedora” aceptando la voluntad de la mayoría. Vale resaltar, sin embargo, que en general quienes aceptan la responsabilidad para determinadas cosas también tienen más poder de decisión sobre ellas. Esto nos parece lógico y justo. No se puede exigir y no colaborar, aunque siempre se puede opinar. Creemos que también ayuda el hecho de que como investigadores y/o activistas estamos acostumbrados a trabajar de manera colectiva y de manejar este sistema de toma de decisiones. En realidad las grandes decisiones —las realmente fundamentales— se tomaron cuando fundamos la revista y la establecimos como una con una visión muy particular. Junto con decisiones estructurales a nivel colectivo, un principio general de autonomía y bastante autonomía individual a la hora de actuar, también tenemos un claro compromiso con la diversidad. Por tanto, no buscamos una visión unitaria sino, más bien, todo lo contrario: procuramos fomentar aportaciones distintas en el contenido de la revista. Si tenemos aportaciones claramente marxistas no quiere decir que todos seamos marxistas, sino que todos tenemos claro que debe haber espacio para voces marxistas, feministas, radical-ecologistas, contraculturales, etc. Nuestro sistema de reunir editores distintos para coordinar cada número también fomenta esta visión. Y respetamos bastante las opiniones de nuestros colaboradores: no nos interesa publicar artículos hechos a nuestra propia imagen.

En un mundo ideal, tendríamos a una persona que llevase los temas administrativos, recopilara los correos electrónicos, hiciese resumen de las decisiones, se asegurara de que estamos aprovechando bien a los colaboradores e incorporando bien a gente nueva. Pero no lo tenemos y estas tareas suelen recaer en las mismas personas lo cual produce distorsiones en la distribución de trabajo y en cierta medida en la distribución del poder. La integración paulatina de nuevos miembros del consejo editorial y la expansión de nuestra red de colaboradores ha ayudado algo en esto.

El asunto de la revisión anónima por pares es contencioso hasta cierto punto. Hay quienes preferirían tener un sistema más “abierto”, pero hay quienes no estamos dispuestos a cambiar el sistema actual. Es una cuestión realmente importante en el debate sobre la producción del

conocimiento. Para quienes apoyamos el sistema actual de la revista, seguimos pensando que la revisión anónima, de manera paradójica, aumenta la transparencia: los revisores no se sienten cohibidos por la relación que puedan tener con los autores, ni por la reputación que éstos puedan tener. De esta manera los trabajos reciben el mismo trato independientemente de si vienen de alguien establecido o de un novato, de un activista o de un académico. Los editores nos esforzamos en encontrar revisores que tengan conocimiento y simpatía por el movimiento o tema a tratar pero que mantengan una mirada crítica.

Un reto para nosotros como editores es buscar la manera en que las contribuciones más contextualizadas (nos referimos aquí a las entrevistas, notas prácticas y pedagógicas) puedan ser de interés para personas en otros contextos, otros países, otras disciplinas, y otras tradiciones políticas y a la vez nosotros mismos tenemos que ser flexibles y reflexivos sobre aquellos discursos que difieren de nuestras preferencias teóricas o simpatías políticas.

Otro reto ha sido mantenernos apartados de las polémicas personales en las cuales pueden estar involucrados algunos de nuestros editores. Somos un colectivo bastante diverso tanto ideológicamente como en términos de los movimientos con los cuales participamos y de nuestras situaciones geográficas y vitales. En ocasiones hemos recibido cartas de personas que cuestionaban nuestra elección de editores por motivos políticos o ideológicos. Pensamos que no nos corresponde tomar cartas en estos asuntos ya que pretendemos ser una revista global y diversa que integra diversas perspectivas. Si nuestros editores respetan el proceso del colectivo editorial y no demuestran comportamientos ajenos a las normas por las cuales nos regimos, nosotros no somos los indicados para juzgar sus acciones fuera de la revista. Reconocemos que esto es una postura delicada pero nos parece que lo que importa es la revista y cumplir con nuestra visión.

Uno de los mayores retos que hemos tenido ha sido reconocer las diferencias intelectuales y de tradiciones políticas en diferentes contextos, y la estructura que tenemos es un intento de aprender y de dialogar a través de estas experiencias muy diferentes. Al organizar nuestros números en torno a temas específicos y solicitar contribuciones de diversos contextos intentamos contribuir de manera importante a abrir espacios de diálogo.

Hemos descubierto que ciertas frases y hasta ciertas instituciones funcionan de manera muy distinta en diferentes regiones. Por ejemplo, en el número sobre el papel de la sociedad civil y las ONGs vimos que el papel que juegan es muy diferente en Latinoamérica que en Suráfrica y diferente también en Irlanda o en Europa del Este. Y esto nos obliga a salir de nuestra "zona de confort" y de tratar de integrar formas de hacer política que son diferentes a las nuestras.

Somos una revista con pretensiones globales más que una revista global por mucho que nos duela. La realidad sigue siendo que los núcleos más activos de la revista son los europeos y recientemente estamos recibiendo más contribuciones de Estados Unidos y Canadá. Sin embargo, tenemos aportaciones importantes de Latinoamérica y Sudáfrica y esperamos tener más con el tiempo. La realidad es que hay que crecer desde donde se planta la semilla, en este caso la semilla se plantó en un congreso en el Reino Unido y tardaremos un tiempo en lograr que las ramas lleguen y den fruto en todas las partes del mundo a donde nos gustaría llegar.

Estamos no obstante orgullosos de tener grupos incipientes en Sudáfrica/Oceanía, el mundo árabe, Europa del Este, Asia del Sur y África y de que nuestra red de colaboradores nos permita revisar artículos en 21 idiomas diferentes, desde el árabe hasta el zulú.

Interface-fomentando el dialogo entre academia y movimientos sociales

Hasta ahora hemos hablado de la "receta" de Interface, pero como sabe cualquier cocinera "No se sabe si algo es bueno hasta que se prueba". Y el resultado de esta receta está colgado en la red para que cualquiera pueda "probarlo". Sin embargo, nos gustaría resaltar algunos contenidos de la revista y cómo pensamos que fomenta el diálogo entre academia y movimientos sociales. Son muchos los ejemplos posibles, pero vamos a resaltar sólo tres. El artículo de *Mayo Fuster Morrell* (2009) sobre investig-acción en el primer número de la revista (*Action research: mapping the nexus of*

research and political action) representa una aportación metodológica innovadora generada desde su propia implicación en los movimientos que estudia. En su artículo reflexiona sobre una diversidad de proyectos de producción de conocimiento de los movimientos, contribuyendo de esta manera al diálogo sobre las diferencias entre formas de producción de conocimiento y formas de control sobre el mismo. El segundo ejemplo es el artículo de Colin Barker (2010) (*Crises and turning points in revolutionary development: emotion, organization and strategy in Solidarnosc, 1980*) sobre la relación entre las emociones, las estrategias, y la organización en el movimiento Solidario de Polonia. En este caso se trata de un académico activista establecido que profundiza en uno de los aspectos menos estudiados y más recientes dentro del estudio de los movimientos sociales: las emociones. Y el tercer ejemplo viene de una activista investigadora Jean Bridgeman (2010), (*A matter of trust: the politics of working-class self-education*) quien ofrece un ejemplo de la Investig-acción, dando voz a las experiencias de los jóvenes de clase obrera de las afueras de Dublín. Su artículo es una mezcla de riqueza empírica, aportación práctica, y desarrollo teórico, es decir, una síntesis de lo mejor que ofrece la academia y los movimientos en términos de producción intelectual.

Otro objetivo que nos habíamos planteado era el de tejer redes y fomentar el diálogo. Recientemente empezamos a publicar documentos clave y a solicitar respuestas críticas a los mismos. En concreto, pedimos permiso a David Harvey para (re) publicar un ensayo suyo (*Organizing for the anti-capitalist transition*) junto con una serie de respuestas críticas (Harvey 2010). Cuál fue nuestra sorpresa cuando el mismo Harvey añadió un enlace a nuestra revista en su *blog* para que sus lectores pudieran leer las respuestas a su trabajo. Este diálogo crítico partía de activistas de diversas partes del mundo y distintas tradiciones políticas. Esto es un buen ejemplo de cómo un proyecto como *Interface* puede proveer un contexto en que los textos sean sometidos a una crítica y una reflexión, no solamente de estudiosos de los movimientos sociales sino también de sus practicantes. Otro ejemplo de nuestro intento de dialogar a partir de las diferencias intelectuales y distintas tradiciones políticas se puede encontrar en el desarrollo de nuestros CFP. Los textos de los CFP se desarrollan con mucho cuidado para fomentar discusiones en torno a temáticas o preguntas particulares que nos parecen importantes. Hasta la fecha éstas han sido: *la creación de conocimiento desde los movimientos; la relación entre la sociedad civil y los movimientos sociales; crisis, movimientos sociales y transformaciones revolucionarias; la creación y producción de medios alternativos desde los movimientos; represión y movimientos sociales; y feminismo movimientos de mujeres y mujeres en movimiento*. Tomamos muy en serio la pregunta, ¿cómo podemos redactar esto para solicitar una diversidad de aportaciones sin caer en la trampa de “todo vale”? Consideramos que nuestros CFP son intervenciones en sí, así como lo son los editoriales que escribimos. Al desarrollar temáticas específicas fomentamos un diálogo entre practicantes e investigadores y entre personas situadas en contextos muy diferentes, tanto geográficos como políticos, culturales o económicos. Queremos profundizar más y estamos desarrollando nuevas ideas todo el tiempo. La heterogeneidad de nuestro colectivo editorial y nuestro compromiso con la diversidad misma hace que generar este diálogo sea un proceso bastante productivo. Las limitaciones simplemente sean las que responden a una falta de recursos humanos y tiempo más que a cualquier limitación debido a conflictos que pudieran surgir de este proceso. Queremos seguir buscando maneras de fomentar este dialogo, de seguir aprendiendo de los demás y de reflexionar sobre la producción del conocimiento acerca de y para los movimientos sociales en el momento que nos ha tocado vivir.

Nota: Interface está disponible en <http://www.interfacejournal.net/>, y siempre buscamos colaboraciones y aportaciones.

Este artículo refleja las ideas y opiniones de los autores, y no pretende representar las opiniones del consejo editorial de *Interface*.

Queremos agradecer especialmente a Remo Fernández Carro por sus comentarios, que han mejorado muchísimo este artículo.

Cristina Flesher Fominaya es co-fundadora y co-editora de la revista *Interface*. Actualmente trabaja en la Universidad de Aberdeen, Escocia, como profesora de Sociología.

Laurence Cox es co-fundador y co-editor de la revista *Interface*. Actualmente es profesor de Sociología en la Universidad Nacional de Irlanda, Maynooth.

REFERENCIAS:

Barker, Colin "Crises and turning points in revolutionary development: emotion, organization and strategy in Solidarnosc, 1980 – 81" en *Interface* 2(1):79-117, 2010.

Benford, Robert D., & David A. Snow. "Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment." *Annual Review of Sociology* 26: 611-639, 2000

Bridgeman, Jean. "A matter of trust: the politics of working-class self-education" en *Interface* 2(1):154-167, 2010.

Cox, Laurence & Cristina Flesher Fominaya. "Movement Knowledge. What do we know, how do we create knowledge and what do we do with it?" en *Interface* 1:1, 2009.

Della Porta, Donatella & Mario Diani. *Social movements :an introduction* (Oxford; Malden, Mass.: Blackwell), 1999.

Fuster Morell, Mayo. "Action research: mapping the nexus of research and political action" en *Interface* 1:21-45, 2009.

Goodwin, Jeff & James M. Jasper. "Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of Political Process Theory." *Sociological Forum*, 14(1):27-54, 1999.

Goodwin, Jeff & James M Jasper. (ed.) *The social movements reader: cases and concepts*, (Malden, MA; Oxford: Blackwell Pub.), 2003.

Harvey, David. "Organizing for the anti-capitalist transition" en *Interface* 2(1):243-261, 2010.

McAdam, Doug, Sidney Tarrow & Charles Tilly. *Dynamics of contention* [formato electrónico], (Cambridge; New York: Cambridge University Press), 2001.

McAdam Doug. *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, (University of Chicago Press), 1999.

Melucci, Alberto. *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age*, (New York: Cambridge University Press), 1996.

Melucci, Alberto. "The Process of Collective Identity." Pp. 41-63 in *Social Movements and Culture*, edited by Hank Johnston and Bert Klandermans. (Minneapolis: University of Minnesota Press), 1995.

Melucci, Alberto. *Nomads of the Present*. (Philadelphia: Temple University Press), 1989.

Meyer David S & Sidney Tarrow (ed.) *The social movement society: contentious politics for a new century*, (Lanham: Rowman & Littlefield Publishers), 1998.

Snow, David, Sarah Soule & Hanspeter Kriesi. *The Blackwell Companion to Social Movements*, (Oxford, UK: Blackwell), 2005. Introducción.

Tarrow, Sidney G. *Power in movement :social movements, collective action, and politics* (Cambridge; New York: Cambridge University Press), 1994.

Tarrow, Sidney. *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*, (Cambridge: University Press), 1998

Touraine, Alain. *The voice and the eye: an analysis of social movements . [Voix et le regard]*; translated by Alan Duff ; with a foreword by Richard Sennett, (Cambridge; New York: Cambridge University Press; Paris: Maison des sciences de l'homme), 1981.

Zald, Mayer N. & John D. McCarthy. *Social movements in an organizational society :collected essays* (New Brunswick, U.S.A.: Transaction Books), 1987.

ⁱ En el primer número de la revista Interface, Mayo Fuster Morrell identifica cinco componentes de esta orientación investigativa: una metodología participativa en la investigación, la producción de contenido alternativo, un énfasis en un pensamiento estratégico, un deseo de cambiar el sistema de producción del conocimiento y un intento de establecer redes y alianzas. Estos cinco componentes caracterizan muy bien la orientación de los editores de la revista.